

Y dispónfase á consolar á la muchacha, á comunicarle todo lo que sabía de bueno para curar las cuartanas, creyendo que eso era lo que ella pedía.

—No, señora. El muchacho está mejor. El caso es que no recaiga. Y precisamente por esto es por lo que quiero pedir á usted un favor.

Acercó á ella el banco, y secreteó:

—Andan ya incitándolo para ir con los demás á robar la bandera, cualquier noche. É irá; prometió que iría. Y usted considere, ¡en ese estado! apenas hace nada que salió de la cama.

—Por lo visto, los chicos van este año lejos por el asta, —dijo pomposamente la señora Luisa. — ¡Muy lejos!

—Oí decir que á Ribera Vieja, al prado de Canellas. ¡Mire usted con quien se van á meter, con Canellas! Si sospecha algo, se planta allí con la cachiporra y hay alguna desgracia. ¡Sobre todo él, que es tan atrevido!

Cautelosa, la mujer del juez replicó que lo que ella no sabía era dónde iban á ir por el palo.

—La otra noche estuvieron concertán-

dose en punto á eso mi Antonio y los mayordomos. Nada oí.

— ¡Pues es allá! — exclamó la criada. — Pero lo que yo quisiera, señora Luisa, es que su marido no me dejase ir el muchacho en la partida, — suplicó afligida la criada.

— ¡En cuanto á eso, vaya usted descansada! — prometió con gran autoridad la señora Luisa. — Le digo á usted que no va. Y si no quiere usted otra cosa...

— Sólo era esto, muchas gracias, señora.

En aquel momento entró Fagote, en mangas de camisa, los anteojos sobre la frente.

— ¡Vaya, aquí está la respuesta! Mala letra hice, que la señora maestra perdona. Pero, en fin, que lo lea como pueda.

— ¿Mucho quehacer tendrá usted con la fiesta? — preguntó solícita la muchacha.

— Mucho. ¡Hágase usted cargo! Todos los días hace falta alguna cosa; ahora esto, luego aquello. Hoy mismo envié á pedir á Porto una boquilla para el clarinete de Alves.

— ¡Ah! — exclamó admirada la muchacha.

— Ni más ni menos. ¡Y no pára ahí la cosa! ¡Como que es broma! — Y después de una pausa: — Sólo con lo que se gastará en la comida, y cuente que hay mucho en casa, pero sólo con lo que se ha de comprar, diga usted que se podría hacer una huerta, más allá del prado.

— Mucha gente habrá... — dijo la muchacha.

— ¡Mucha! y de importancia... En la mesa, tal vez haya veinticuatro personas.

La muchacha se santiguó.

— Veinticuatro: más bien más que menos, — insistió Antonio Fagote. — Cuente: el predicador...

— ¡Dicen que es cosa superior! — interrumpió la criada.

— Lo es. No lo hay mejor. Misionero... — explicó el juez. — Decíamos, el predicador, uno; más cuatro curas, cinco; cuatro músicos, nueve; el compadre y los pequeños, dos, doce.

— ¿La comadre, no vendrá? ¡qué lás-

tima! — exclamó por su parte la señora Luisa.

— No. Dije que el compadre y los niños, doce; Morgado de Fonte y Antonio Capador, catorce; Telles, se me olvidaba, quince (*Pausa*). Con alguno más



que venga, son veinticuatro. Se puede contar con más de veinticuatro personas en la mesa. — Y riendo, añadió: — ¡Pero ha de sobrar mucho, gracias á Dios!... ¿Y luego, los pobres?

— ¡Esa sí que es plaga! — exclamó la señora Luisa. — Parece que salen del suelo así... Y colocaba en piña todos los dedos de ambas manos. Así...

Perq hacfase tarde y la muchacha se despidió.—«Adiós. Lo que apetecía es que todo saliese á medida de sus deseos.»

—Y si algo necesitasen... ella se ofrecía. De su inutilidad...

— Gracias. No faltarán ocasiones. Muchos recuerdos á la señora maestra...

—Y que me alegraré que el hermano llegue con salud, —concluyó Antonio Fagote.

Y luego explicó á su mujer: «Aquella carta de la maestra era para preguntarle si era cierto que venía un mono en los fuegos.»

—Dice que el hermano, el brasileño, así que supo que había mono en la alborada, se dispuso á venir. Y Dios lo quiera, porque lo meto en el palio. Como dos y tres son cinco.

La señora Luisa quiso saber la respuesta que enviaba su marido.

—Le digo que sí. ¡No que no! Lo que yo quiero es ver aquí al brasileño. Es hombre que sabe dar valor á las cosas... ¡Pero el diablo es eso del mono!—ponderó con gran zozobra.—Medio mundo hay esperando el mono...

La señora Luisa quedóse meditabunda, absorta en su recelo de que no viniese el animalito.

—¡Tate! —exclamó Antonio Fagote dándose una fuerte palmada en la frente. —Tráeme la chaqueta. Le envío un parte á mi hombre.

—Bien pensado está,—apoyó la señora Luisa.—Pero hoy no puede ser, está cerrada la estación.

—Irá mañana. «Agradezco favores. Traiga el mono sin falta.» Eso es. Tal vez añada: «No lo deje por el precio.» Lo añado, de fijo, para que no haya duda.

Entonces la señora Luisa murmuró, casi al oído del marido:

—Escucha. Ya no se puede ir al prado de Canelas por el palo.

—¡Eh! ¿qué palo?

—El de la bandera. Todo el mundo lo sabe.

Se echó á reír.

—Todo el mundo, ¿eh? ¡Mejor! ¡Oh, oh! ¡todo el mundo!...

Y como ella quedase estupefacta,

—¿Nunca oíste decir que se pone el

ramo en una puerta y se vende vino en otra?

— ¡Ah!

— Pero están frescos. Ahí está la gracia; y cantó satisfecho:

El ladrón del mirlo negro
Donde fué á poner el nido.

* * *

Pero lo mejor del caso fué al día siguiente, cuando, muy de mañana, Antonio Fagote oyó llamar recio á la puerta.

— ¡Mira á ver quién es, Luisa! — dijo desde la cama Fagote, sobresaltado.

Y al momento, entró José Manco en la alcoba, de sopetón.

— ¡Vístase, hombre! ¡Ande aprisa! Vístase.

— ¿Hay novedad? — preguntó al punto Fagote, doblemente sobresaltado.

— ¡Vístase, con diez millones de diablos! — insistió el otro.

— ¿Pero qué es? — dijo espantado Fagote. — ¿Algún muerto?

— ¡Peor que eso! — contestó José Manco.

— ¿Peor que eso? pues no caigo...

— No tardará usted en saberlo. Avíese, que yo lo aguardo en la calle.

Antonio Fagote se vistió de prisa, aturdido. En la calle acabó de ponerse la chaqueta. Colgábanle las cintas de los zapatos, y no llevaba sombrero.

— ¡Listo! ¡aquí estoy!

— Venga conmigo, apresúrese. Abotónese los pantalones, si quiere.

Y corrieron calle adelante.

— ¡Diablo! ¿Pero qué es ello?... — iba preguntando Antonio Fagote.

— Aguarde, que ahora lo sabrá. No tarda un minuto.

En cuatro zancadas plantáronse en el atrio de la iglesia.

— ¿Robaron el Cristo, no es eso?

— ¡Peor! — replicó el otro. — ¡Peor! ¡Alto aquí! Ahora levante usted los ojos y vea usted eso, esa porquería.

Y trágicamente, José Manco señaló media hoja de papel, pegada en la torre con pan de centeno mascado. ¡Era un pasquín! Varios dibujos de animales,

sobresaliendo el de un burro de grandes orejas, dando coces. Y en el fondo, en grandes caracteres, esto: FANFARRO-NADA.

Por un momento, Antonio Fagote, con las manos cruzadas á la espalda, quedó absorto, mirando fijamente el papel.

Y cuando el otro pensaba que iba á romper desatinadamente en alguna exclamación, apenas si asomó á los labios de Antonio Fagote una sonrisa:

— ¡Hum! — rezongó. — Ya sé...

— ¡No lo tiene que saber! — dijo el otro.

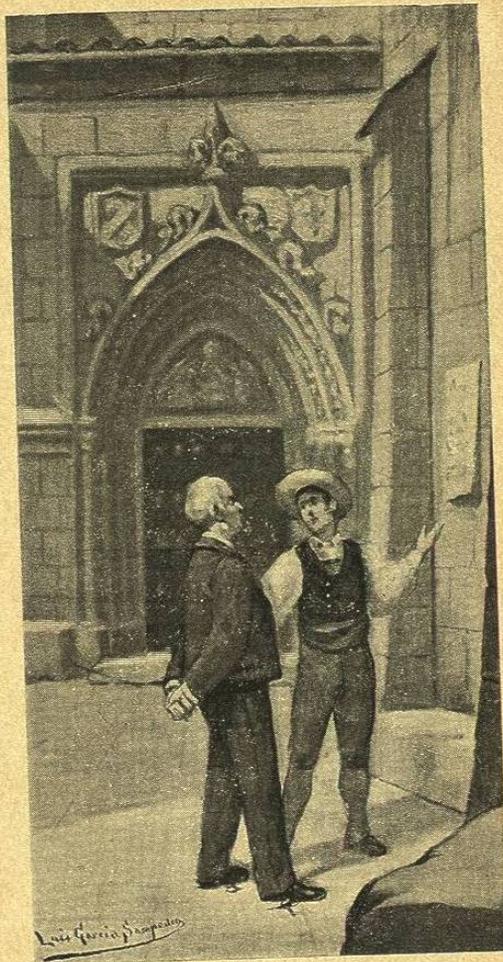
— El bribón de José de Loja.

— Claro es.

— Bueno; se chupará cuatro sopapos, — concluyó con gran sosiego Fagote. — Arranque usted eso de ahí y véngase conmigo, si quiere ver.

José Manco no quería ir. Se lo figuraba. Mas opinó prudentemente que era mejor despreciar á aquel bribón.

— Nada de eso, — dijo Antonio Fagote doblando el papel en cuatro y metiéndoselo en el bolsillo interior. — ¡Nada de eso!



Pero el otro, que lo conocía bien, insistió en su opinión, con ciertos argumentos tomados del Código penal. «Que no fuese ahora á tomar en serio á semejante estafermo. Como mayordomo, también á él le tocaba la ofensa, á él, José Manco. Pero se hacía cargo... Como dijo el otro, eso son ladridos á la luna.»

—Bueno, llevará sólo un sopapo en atención á que nadie más ha visto esto, —dijo con grandes aires de condescendencia Fagote.— Y usted se va á regar la huerta.

Marchó directamente á casa de José de Loja. Aún estaba cerrada. Púsose en acecho de lejos, con la ira exacerbada por la contrariedad de aquella demora.

—¡Perro! ¡Perro! —murmuraba.

Hasta que, al fin, reparó que la puerta se abría. Era el tendero en persona, puesto de chaqueta de hilo y alpargatas de cintas, muy fresco. No advirtió la presencia de Antonio Fagote hasta que lo vió junto á sí, cara á cara, entre el balcón y la puerta.

—¿Señor José?

—¿Qué se ofrece?

—Vengo á averiguar una cosa.

Sacó del bolsillo el papel, lo desdobló con toda calma, y luego de ponérselo delante de los ojos:

—¿Fué el señor José, quien hizo esto?

El otro miró el papel, atónito.

—¡Sí! Sí fué el señor José quien hizo esto.

—No, yo no fuí.

—¿Lo jura usted por la salud de sus hijos?

Aquí el tendero vaciló, desconfiado.

—¿Lo jura usted por la salud de sus hijos? — repitió con más fuerza Fagote.

José de Loja no contestó. Entonces, el mayordomo aclaró su idea.

—Es porque si usted jura, muy bien. Si no jura, el caso es distinto.

—Distinto, y ¿cómo?—dijo con arrogancia José de Loja, en un impetu, avanzando la hinchada barriga cubierta con la chaqueta de lona.

—¡Así!—Y le cayó un bofetón sobre la cara.—Y callandito, que yo tampoco diré nada de esto. Ahora vea usted lo

que hago con el papel.—Lo hizo pedazos y se los tiró á la atontada cara.

Apartóse de allí y fuese á *matar el gusano*, tranquilamente, como quien viene de cumplir una obra de misericordia.

* * *

La víspera de la fiesta, un sábado á las diez de la mañana, el cohetero entró al fin por un extremo del pueblo, en dirección á la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Disparó un cohete, que estalló en el aire con gran gallardía.

—¡El cohetero! ¡Llegó el cohetero!

Recorrió la villa un gran estremecimiento de entusiasmo cuando sonó el cohete. Con la novedad, los perros ladraban, corriendo locamente por las calles. Los chiquillos movieron gran algazara y salieron al encuentro del cohetero para admirarlo y ofrecerse á él. En el interior de las casas renovábanse órdenes ya transmitidas antes. Aquel cohete era, en rigor, el primer ruido de la fiesta, no había tiempo que perder. De las vivien-

das de los mayordomos salían despavoridas las criadas, con orden de enterarse si necesitaba algo «el señor cohetero.» Algunos, más previsores, enviaron al criado, para que dijese lo que quería de comer.

Solemnemente, el mayordomo mayor atravesó casi á la carrera la villa, preguntando á todo el mundo si, efectivamente, aquello había sido un cohete.

—¡Fué cohete! ¿Qué duda cabe?—contestábanle radiantes. ¡La cosa prometía, sí, señor! prometía. Si fuesen todos así... ¡caramba! ¡qué estruendo! ¡Pum!

—Eso es para que se vayan ustedes enterando,—gritaba Antonio Fagote.—¿Y luego esto?—y púsose á hacer molineo con el brazo—¿las piezas giratorias? Pero se había visto en calzas prietas para que el hombre no faltase. ¡Complicaciones! Por lo visto, lo habían solicitado para otra fiesta, ofreciéndole más dinero, por supuesto. El apuro había sido serio.

Mentía.

—¿Eh? ¿Pero no lo engañaban?

—¡Ca! Era el cohetero, sin disputa.

Allá iba atravesando las eras, con dos caballerías cargadas. ¡Caramba! ¡Dos cargas de fuegos!

El juez apretó á correr. Al pasar por la puerta del cura, gritó desde la calle:

—¡Señor cura! ¡Señor cura!

—¿Qué ocurre?

—Lléguese á la puerta, haga ese favor.

—Hace mucho sol; entre usted, si quiere.

—Sólo dos palabras.

El cura, un muchacho joven, asomóse á la puerta.

—¿Qué hay?

—Llegó nuestro hombre.

—¡Nuestro hombre! ¿Qué hombre?

—El cohetero, ¿quién ha de ser?

—¡Ah, sí! —dijo el cura riendo, con sorna.—¿Y usted va á buscarlo?

—Derechamente.

—¿Quiere usted, pues, hacerme un favor?

—Diga.

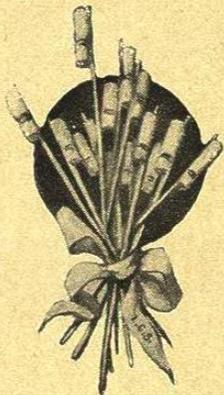
—Déle expresiones de mi parte.

Y retiróse de la puerta, riendo; mientras Antonio Fagote proseguía su camino, despavorido, haciendo aspavientos, pre-

guntando á todo el mundo si era efectivamente el cohetero.

— ¡Gran hombre, con seiscientos diablos!

Cuando llegó al atrio, lo halló todo lleno de chiquillos, alrededor de los dos



mulos cargados. Fagote estuvo á punto de morir de gozo. Fuese hacia el cohetero, con ímpetu.

— ¡Vaya un apretón! — y lo abrazó arrebatado, enternecido, llamándole «su amigo, su mejor amigo.»

— ¡Chicos! — gritó luego. Y quitán-

dose el sombrero con gran solemnidad:

— ¡Viva el señor cohetero!

— ¡Vivaaa!...

...No me atrevo á jurarlo, porque no reparé en ello; pero estoy por decir á ustedes que Antonio Fagote... ¡lloró!...

